

DISCURSO DE GRADUACIÓN

Y Tu Hermano, ¿Dónde Está?

DR. FERNANDO PICÓ S.J.*

Imaginense una sociedad donde enfermarse fuera un delito punible por ley, donde al enfermo se le tratase como delincuente y se le separase de la sociedad decente. Esa sociedad floreció en la imaginación del novelista Samuel Butler, quien la llamó Erehwon, “nowhere” escrito al revés. En esa sociedad todos disimulaban sus percances de salud, y mientras mas precaria era la situación corporal, mayor el esfuerzo en el encubrimiento. En esa sociedad uno no le preguntaba a nadie cómo estaba, que tal se sentía, ni le deseaba mejoría, ni aludía remotamente al menor síntoma de padecimiento. En esa sociedad el mayor atentado contra la paz pública era desarrollar una enfermedad contagiosa, y la propia lengua disimulaba todos los males corporales con eufemismos.

Butler se ensañó usando la metáfora de la salud corporal para denunciar la hipocresía victoriana sobre los males que aquejaban la salud moral de Inglaterra. En Erehwon los médicos tenían que aparentar no serlo, estar ocupados en otras cosas, y fungían mas como detectives estatales, para atrapar a enfermos ocultos, que como sanadores. Ese médico erehwoniano alcanzaba sus objetivos llevando al enfermo al castigo condigno a su culpa.

La noción de que quien está enfermo debe pagar por su culpa no es ajena a algunas de las actitudes mas truculentas que de vez en cuando encontramos en nuestra propia sociedad. Basta con observar como se despacha la temática de la salud mental en el imaginario boricua, y cómo constantemente se intenta desvincular los comportamientos adictivos de la agenda de la salud pública para constatar cuan fácilmente nos desplazamos del examen de un problema de salud a la adjudicación de responsabilidad criminal. Si en el siglo 13 atormentábamos los cuerpos para salvar las almas, en el 21 parece que estamos atornillados a una política pública que degrada a las personas para salvar sus cuerpos.

Lo triste es que ni los cuerpos se salvan. En cada semáforo de nuestras avenidas encontramos abundante testimonio de que a quienes encerramos por transgredir contra su salud, luego abandonados a una vida de deambulantes “porque no se puede hacer nada por ellos”. La misma publicidad de la campaña contra las drogas nos disuade de la falsa compasión que con nuestros vellones sueltos paga la dosis diaria de la tecata. ¿Y qué se supone que hagamos? Si no miramos en la cara al sidoso que nos interpela en la luz roja, nos sentimos inculcados, y si le brindamos una moneda se nos acusa de colaborar con el vicio que lo ha llevado a la enfermedad.

¿Acaso, quizás lo podemos esconder, transportarlo más allá del alcance de nuestra mirada, hacer, como se alega de algún alcalde, que se le suelte en algún otro municipio, para que no sea objeto visible de conmiseración y reproche, para que no atente contra el paisaje urbano? La generación del 20, con Fortunato Vizcarrondo, preguntaba a los ocultadores de su sangre africana, ¿y tu aguela, ¿y tu aguela, a’onde ejtá?, pero la generación del cambio de milenio nos interroga ¿y tu hermano, dónde está?

Lo que ocurre con nuestros sidosos y adictos, nuestros casos crónicos de hepatitis C, nuestros enfermos mentales, ocurre también, aunque de manera distinta, con el creciente número de pacientes geriátricos. Nuestra sociedad se viste de gris, y escasamente estamos conscientes de la magnitud del problema que nos acecha. Una mayor proporción de envejecientes incrementará el costo de los cuidados de salud, retará la paciencia y las solidaridades familiares, y abrirá a la discusión pública un abanico de temas todavía considerados

* Sacerdote Jesuíta. Catedrático, Facultad de Humanidades, Departamento de Historia, Recinto de Rio Piedras, Universidad de Puerto Rico

como delicados e íntimos. ¿Estamos preparados para ello? ¿Se añadirá el anciano desgredado y vagabundo al elenco teatral de los semáforos? ¿También a él le negaremos el vellón en nombre de la eugenesia?

La lista de los que quedan marginados de nuestra sociedad por problemas de salud es mucho más larga, pero quizás conviene aquí desplazar la atención de los que se encuentran en el margen, la cocina en la poesía de Fortunado Vizcarrondo, a los que se piensan en el centro, la sala. Es una gran cosa tener un diploma de doctor en medicina, fruto de largos años de estudios y laboratorios, de amanecidas y fines de semana sin descanso, de sacrificios y gratificaciones pospuestas, es un gran logro y una inmensa responsabilidad. La tentación va a ser afincarse en la constatación del triunfo personal y autoafirmarse en el imaginario de que me lo merezco todo y no le debo nada a nadie porque yo me lo gané. Pero bien sabemos que se ha necesitado un inmenso esfuerzo social para que esos logros personales se dieran, desde la prioridad pública de establecer una universidad de excelencia hasta los desvelos familiares para que el hijo o la hija pudieran hacer su carrera. Una facultad de medicina y de farmacia no se improvisa, una red de apoyos administrativos, una biblioteca, un universo científico de saberes disponibles al contacto de unas teclas no surgen de la noche a la mañana. Hay varias generaciones comprometidas con este anhelo del país, el Recinto de Ciencias Médicas de la Universidad de Puerto Rico, personas que entregaron sus vidas profesionales a la realización de este ideal, y renunciaron al lucro y a la comodidad para que Puerto Rico tuviera su universidad de medicina. Al mencionar este esfuerzo fundacional es oportuno en este momento recordar a Jaime Benítez, presente en su creación. Pocos puertorriqueños han tenido la satisfacción de haber impulsado en sus inicios tantos proyectos de envergadura, y será siempre la gloria de Jaime Benítez de haber rasguñado el peñasco donde brotó el manantial de este río.

El logro personal de cada médico nuevo está engastado en la estructura de apoyos sociales que se han movilizado en media docena de décadas. La fe que nuestra gente tiene en sus instituciones universitarias se ha justificado por el grado de movilidad social que éstas han promovido. Si le exigimos tanto a nuestros doctores, farmacéuticos, enfermeras y profesionales de la salud es porque como pueblo hemos hecho una inversión social tan grande en su formación. Esa inversión social redundará muchas veces más evidentemente a favor de otras sociedades, de Kentucky y Tennessee, Oklahoma y Arkansas, Texas y Alabama, donde muchos de nuestros egresados asumen su práctica profesional en condiciones ventajosas tanto para los condados que los reclutan como para los reclutados mismos. No recatamos esa inmigración de cerebros y saberes, porque el afán siempre ha sido la culminación de las posibilidades personales. Lo que se olvida a veces, sin embargo, es que egresados de este recinto también han servido en condiciones azarosas y con espíritu generoso, en Guatemala y Nicaragua, en Honduras y Panamá, en Haití y República Dominicana, y allí donde el asfalto y la tubería y la misma luz eléctrica merman, no ha faltado la chispa de servicio entusiasmado que este recinto inculcó en sus egresados. Enhorabuena por Kentucky y Tennessee, pero mayor felicitación todavía por quienes supieron trabajar allí donde no había tentadoras recompensas para el talento y el conocimiento.

Ese legado de dedicación enaltece a todos los que portan un diploma de Ciencias Médicas. Llénlo con orgullo. La gente esperará grandes cosas de ustedes, porque llevan el sello de una estirpe legendaria, cuyas ejecutorias se celebran dondequiera un par de médicos canosos se encuentran y rememoran la época de su juventud. No malbaraten ese legado, no olviden nunca de donde proceden, ni dejen de recordar al país que un día quisieron servir, ni olviden el nombre del hermano que espera en el semáforo.

Felicidades, y que la celebración sea en grande.